

ENCUENTROS MISTERIOSOS**Gonzalo Rodas Sarmiento****Tercera parte: Aventuras de Remigio****Es un trato**

Son casi las doce del día cuando Remigio está despertando, tirado en la alfombra de la sala de estar. Le duele la cabeza como si se la hubieran aplastado. Y no es para menos, si anoche se tomó todos los licores que quedaban en el departamento.

Se demora en levantarse del suelo, porque todavía está muy mareado. Le da vueltas la famosa sala de estar. “De estar solo”, se dice Remigio a sí mismo, mientras también le da vueltas toda la frustración. “¿Cómo pudo ocurrirme que me entusiasmara tanto con Paola?”, se recrimina.

Apenas puede mantenerse en pie. Así y todo, se encamina hacia el baño, sacándose la ropa, y dejándola en cualquier parte. A nadie le importa, ya que vive solo. Mientras se ducha empieza a recordar cómo llegó Paola a su vida. Hace ya casi un año, al volver una noche a casa, a altas horas. Ella iba entrando al edificio, junto a un hombre que la insultaba y la golpeaba. Había sangre en el rostro de Paola. En ese momento, Remigio no sabía quiénes eran. Probablemente una pareja en discordia momentánea, supuso.

Pero, cuando ella fue a parar al suelo, y el tipo casi la mató, Remigio se vio obligado a intervenir. Entonces, se acercó con rapidez y le dio un par de golpes al hombre, el cual optó por la retirada.

Esa vez, Remigio hizo pasar a Paola a su departamento, en un gesto de buen samaritano. Lavó sus heridas y le preparó un café. También le dio un poco de comprensión. Nadie es quién para juzgar a los demás. Si todos tenemos tejados de vidrio, no es cosa de andar apedreando a las mujeres pecadoras.

Con estos pensamientos dándole vueltas, Remigio sale de la ducha, bastante más repuesto, y empieza a vestirse.

-Engañarías a cualquiera -recuerda haberle dicho a Paola en aquella oportunidad.

-No tengo intención de engañar a nadie -le respondió ella esa vez.

Muy atrás quedó todo eso. Con una mueca, Remigio se prepara un café bien negro. Cuando se dispone a ir al trabajo, ve la carta que había entrado por debajo de la puerta. No tiene sobre y está firmada por Paola. A Remigio le da miedo leerla, y sigue repasando imágenes.

Aquella primera noche no hablaron mucho. Después la volvió a ver varias veces, ya que vivían a un piso de diferencia. No le hizo el quite a esa amistad, a pesar de las habladurías de los vecinos. Los primeros encuentros fueron tensos. Remigio no

sabía cómo actuar, pero tampoco quería estar tan solo. Era una amistad como de un tío con una sobrina, difícil de llevar.

Intentó que ella pudiera solucionar sus conflictos sexuales y vivirse desde un lugar más aceptado. Con gran expectativa le presentó una amiga un poco lésbica, pero eso fue algo que no funcionó.

En aquel momento, que ahora parecía muy lejano en el tiempo, Remigio había recordado una ensoñación que acostumbraba a tener durante su adolescencia. Era una fantasía, seguramente premonitrice. En esos antiguos pensamientos, el joven Remigio se imaginaba en algún futuro, teniendo una amiga misteriosa que no quiere entregarse, y no lo deja llegar físicamente a ella, más allá de unos besitos. En un imaginado viaje que debieron efectuar, tendrían que tomar dos piezas contiguas en un hotel barato, en vez de una sola en algún hotel mejorcito, pues ella no quería ir a una misma habitación. Y de pronto, en esa ensoñación ocurría lo de la ranura en la pared de la habitación del hotel, a través de la cual él se tiente, y decide espiarla secretamente en un momento en que su amiga se desviste. Cuando ella se saca el calzón, él ve... sorprendentemente... ¡eso...!, en toda su envergadura. Para él es un golpe muy fuerte, que explica la actitud cuidadosa de "ella". Esta fantasía tuvo distintos finales cada vez que Remigio se pasaba este rollo.

Recién hoy comprendió Remigio por qué le venían esos pensamientos. Era una advertencia, que él no supo recoger debidamente.

Paola sentía adoración por Remigio, y sin embargo, anoche salió arrancando con una velocidad increíble, dejándolo sumido en la desesperación y el arrepentimiento. Todo empezó cuando él la acarició, y la besó en la mejilla. Estaban solos. Nunca antes creyó Remigio que un día iba a ser capaz de poner la mano debajo de su vestido y tocar sus depilados muslos. Ni mucho menos creyó que ella lo rechazaría de esa manera.

"He llegado a un punto de crisis -dice la carta-. "O cambio o me derrumbo, o quizás las dos cosas. Tú sabes que daría mi vida por ti, y eso es lo que estoy haciendo al partir lejos, muy lejos, que no me puedas encontrar. Respeté el trato que propusiste, y que después quebraste. A mí no me fue fácil. Pero, jamás cedería a la debilidad de una noche para cosechar después el más firme repudio al día siguiente . . ."

Casi se muere Remigio al leer eso. Su vista se detiene en el espejo del recibidor. Un pálido y demacrado ser lo mira desde el otro lado del vidrio.

-Imbécil -le dice Remigio a esa imagen, y se lo grita un par de veces.

-Maricón, además de imbécil -dice al espejo, tomando en sus manos un florero y descargándolo con toda su furia sobre la imagen, que cae al suelo hecha trizas.

Sale dando un portazo, como quien va a su oficina, pero sabe que no podrá asistir al trabajo ese día, en un estado tan lamentable. Y comprende que nunca más volverá a saber de Paola.

Los zapatos de Piolín

-Cómprame zapatos nuevos... ¿Ya?

-Tranquilo, Piolín, ya te he dicho tres veces que te aguantes hasta fin de mes.

Después de dar esta respuesta, el hombre subió a su auto y se dirigió hacia el otro extremo de la ciudad, como todos los días. Iba tan veloz que no se fijó en una mancha de aceite en el pavimento. El pequeño Piolín no pudo evitar el resbalón. Se dio una vuelta en el aire y terminó estrellando su nariz contra un poste.

La Foto

El hombre no tenía puesta su ropa. Era Remigio y estaba en plena calle, siendo las siete de la mañana de un día domingo de invierno. En las antípodas se estaba jugando la final del campeonato del mundo. Esta persona no era la única que se había aventurado en algo tan insólito. Cientos de hombres y mujeres se habían desnudado igual que él.

Un fotógrafo muy profesional, que parecía aficionado por su precaria cámara, estaba subido en una débil escala de tijera, y sostenía un megáfono para hacerse oír. Gesticulaba y gritaba órdenes en su media lengua.

-Sentarse en el suelo -repitió varias veces.

-Esta gente ser incontrolable -dijo después, con su acento americano-. ¿Por qué todos saltando?

-¡El que no salta es pi-no-che! -era el grito de la muchedumbre.

-Mí, no entender -dijo el señor Tunick y decidió que no podía tomar la foto ahí. Era un espacio muy reducido el que se escogió para este evento, pues nadie adivinó que llegaría tanta gente.

El gringo se las arregló para moverlos a todos hacia el otro extremo del museo. Corrían felices por la costanera miles de potos blancos sobre piernas tostadas por el sol.

Finalmente, la famosa foto fue tomada como se pudo, y resultó bastante bien.

-A vestirse. Estamos listos. Gracias por haber venido -se escuchó por el megáfono.

Mucho más agradecidos estaban los cientos de personas desnudas, que ya se aproximaban al sector en que habían dejado sus ropas. Nadie les pagó ni un cinco. Eso no importaba. Habrían acudido aunque les hubieran cobrado por entrar.

Algunos encontraron sus vestimentas y se la pusieron. Otros no tuvieron la misma suerte. En una improvisada feria de las pulgas, muchos hubieron de vestirse con ropa ajena, ante la absoluta imposibilidad de encontrar la propia.

Remigio se iba feliz, a pesar de que la polola le había prometido ruptura si incurría en tal inmoralidad. Ya la convencería de alguna manera.

-Hasta luego -le dijo al carabinero, en el momento de traspasar la barrera.

-Déjate crecer un poco -le respondió éste, riéndose.

-¡Chitas!, mi cabo, si con este frío a cualquiera se le pone chiquitito.

El carabinero ya se había desentendido. Nuestro hombre siguió caminando hasta estar muy cerca de uno de los cristianos, que aún oraba compungido.

-Perdona, Dios mío, a este hombre porque no sabe lo que hace -rezó el cristiano, con muy buena intención.

-Sí sé lo que hago, compadre -Remigio detuvo su marcha.

-Si supieras lo que haces no harías lo que has hecho.
-Si me desvestí, no más, como tantas veces.
-¿Tantas veces? ¿Frente a los demás?
-¿Qué puede tener de malo que otros me vean? Hace años que soñaba con un momento así.
-Esas fantasías y malos pensamientos son la tentación del demonio. Si tú le haces caso, le estás jugando a él y no a Dios.
-No. En mi caso, no es del demonio.
-¿Qué no te das cuenta de todas las violaciones que se van a producir ahora por tu culpa?
-Al contrario, compadre, mientras menos represión, menos agresión.
-Estás yendo contra los valores.
-¿Qué valores?
-Pues, el pudor. Somos seres humanos, no animales. Por eso tenemos el pudor.
-¿Qué es el pudor?
-Guardar tus zonas erógenas, y no mostrar ni siquiera la ropa en que las guardas. Así no andas provocando excitación en las otras personas. Mira que sería algo incontrolable para ellas.
-Yo no creo en eso.
-¿Te sientes con derecho a no creer en lo que Dios ha puesto en ti?
-Es que en mí no lo puso.
-El pantalón que andas trayendo te queda chico, y la camisa te queda grande - dijo el cristiano, cambiando un poco el tema.
-Es que se armó una confusión tan grande con la ropa, que todos teníamos que ponernos la de otros.
-Eso me recuerda las colaciones de mi comunidad.
-Compadre, ¿cómo son las colaciones de tu comunidad?
-Bueno, uno llega con pancitos blancos, con jamón y queso, y después termina comiendo unos ave-palta en pan negro, que ni sabes quién los trajo.
-Veo que ya me vas entendiendo. De hecho, yo te respeto en tus creencias, y te admiro por haber sido capaz de venir a rezar con este frío. Tú también estás siendo valiente y fiel a lo tuyo, compadre. Igual que yo.
-Sí, pero en nombre de Dios.
-Y yo también -dijo, alejándose contento.
El hombre no tenía puesta su ropa.